

Tana French

**EL EXPLORADOR**

Traducido del inglés por Julia Osuna Aguilar

Título original: *The Searcher*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2020 by Tana French  
© de la traducción: Julia Osuna Aguilar, 2021  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-233-0  
Depósito legal: M. 7.317-2021  
Printed in Spain

*Para Ann-Marie*



Cuando Cal sale de la casa, los grajos han atrapado algo. Hay un corrillo de seis en el jardín trasero, entre el césped crecido y mojado y los hierbajos de flores amarillas, venga a meter baza y brincos. Sea el bicho que sea, es tirando a pequeño y todavía se mueve.

Cal deja en el suelo la bolsa de basura con el papel pintado. Se plantea sacar el cuchillo de caza y ahorrarle la agonía al animal, pero los grajos llevan allí mucho más tiempo que él y sería bastante impertinente por su parte irrumpir de esa manera y empezar a cuestionar sus costumbres. Se decanta en cambio por agacharse y sentarse en el escalón musgoso, con la bolsa de basura al lado.

Le gustan los grajos. Ha leído en alguna parte que son más listos que el hambre; pueden llegar a conocerte, incluso a traerte regalos. Lleva ya tres meses intentando camelárselos a fuerza de dejarles sobras en el tocón grande que hay al fondo del jardín. Cada vez que atraviesa de un lado para otro el césped, los pájaros no le quitan ojo desde el roble enfundado en hiedra donde tienen instalada su colonia y, en cuanto vuelve a estar a una distancia prudencial, caen en picado para reñir y discutir a voz en grito por las sobras; eso sí, sin dejar de mirarlo de reojo con su cinismo, y, si Cal intenta acercárselos, se van de vuelta al roble, desde donde poder burlarse de él y tirarle ramitas a la cabeza. Ayer mismo por la tarde estaba en el salón quitando el papel pintado enmohecido cuando un grajo de tamaño mediano, muy reluciente él, aterrizó en el poyete de la ventana abier-

ta y profirió lo que claramente era un insulto para luego irse aleteando sin más, riendo tan pancho.

El animal del jardín se retuerce desesperado, vapuleando el césped crecido. Un grajo alfa se acerca a saltos, lo apuñala con un feroz y limpio picotazo y en el acto la presa se queda inmóvil.

Un conejo seguramente. Cal ha visto muchos a primera hora de la mañana, mordisqueando la hierba y saliendo disparados entre el rocío. Las madrigueras las han hecho en algún punto del campo que tiene atrás, cerca de un bosquecillo que hay con avellanos y serbales. En cuanto le tramiten el permiso de armas de fuego, su idea es comprobar si no se le ha olvidado lo que le enseñó su abuelo sobre cómo desollar los animales que cazaban y, si se digna el terco ancho de banda, agenciarse una receta de conejo estofado. Algunos grajos se apiñan en torno a la presa y le meten picotazos contundentes, preparando ya las garras para arrancar trozos de carne conforme otros tantos bajan disparados del árbol para no perderse el festín.

Cal los observa un rato mientras estira las piernas y mueve el hombro haciendo círculos. La reforma de la casa está haciéndole utilizar músculos cuya existencia había olvidado. Todas las mañanas se levanta con un dolor nuevo, aunque posiblemente más de uno le venga por dormir en un colchón cutre sobre el suelo. Está demasiado mayor y le sobra corpulencia para esa precariedad, pero tampoco tiene sentido meter muebles buenos en la casa mientras haya polvo, humedad y moho. Ya lo comprará todo cuando haya puesto a punto la casa y averigüe dónde se compran (antes esas cosas eran jurisdicción de Donna). Entretanto, tampoco le importan mucho los dolores; es más, se siente satisfecho. Al igual que las ampollas y los callos cada vez más gruesos, son cosas tangibles, una prueba ganada con sudor de lo que es ahora su vida.

Están ya metidos en uno de esos atardeceres frescos de septiembre que se dilatan y se dilatan, aunque las nubes son tan numerosas que no hay ni rastro de puesta de sol. El cielo, vetado de sutiles escalas de grises, se extiende hasta el infinito al igual que los campos,

cifrados en tonos de verde según sus múltiples usos y separados por setos desmelenados, albarradas y alguna que otra carreterilla vecinal. Hacia el norte, una hilera de montes bajos despliegan sus curvas por el horizonte. Todavía tiene que acostumbrársele la vista a poder mirar a tanta distancia después de décadas bloqueada por edificios. El paisaje es una de las pocas cosas que conoce en donde la realidad no te defrauda. El oeste de Irlanda tenía una pinta preciosa por internet, pero, ya en todo su meollo, es incluso mejor. El aire está tan cargado de olores como un especiado bizcocho de frutos, como si hubiera que hacer algo más con él aparte de respirarlo; pegarle un buen bocado quizá o restregártelo por la cara.

Al rato, los grajos bajan el ritmo, apurando ya la comida. Cuando Cal se pone en pie y recoge la bolsa de basura, al punto los pájaros le lanzan miradas avispidas y, en cuanto empieza a atravesar el jardín, levantan el vuelo como pueden con el buche lleno y aletean hasta el árbol. Deja la bolsa en una esquina del ruinoso cobertizo de piedra tomado por las enredaderas, no sin antes detenerse por el camino para ver qué se han zampado los grajos. Sí, conejo, jovenzuelo, ya casi irreconocible.

Suma la bolsa de basura al resto y se vuelve a la casa. Ya casi ha llegado cuando los grajos salen disparados, dejando tras de sí un reguero de hojas y poniendo verde a algo. Cal ni se vuelve ni interrumpe el paso; se limita a decir, en voz muy baja y entre dientes, mientras cierra la puerta trasera al entrar:

—Hijo de perra...

Alguien lleva observándolo desde hace una semana y media; puede que incluso más, pero ha estado muy enfrascado en la reforma y ha dado por hecho en todo momento —como cualquiera tendría derecho a hacer en medio de semejante espacio vacío— que estaba solo. Ha tenido apagado el sistema de alarma mental, tal y como quería. Hasta que una noche que estaba haciendo la cena —friéndose una hamburguesa en el único fuego decente de la cocina, roída por el óxido, con Steve Earle sonando bien alto por el altavoz del

iPod y él sumando de vez en cuando redobles de unas baquetas imaginarias— le llameó la nuca.

Después de más de veinticinco años en el cuerpo de policía de Chicago, tiene la nuca más que entrenada y se la toma muy en serio. Dio unos cuantos pasos por la cocina como quien no quería la cosa, cabeceando al ritmo de la música y escrutando la encimera como si buscara algo para luego, de repente, pegar un salto hasta la ventana: nadie fuera. Apagó el fuego y salió corriendo hacia la puerta, pero el jardín estaba vacío. Fue rodeándolo bajo un millón de estrellas bravías y una luna llena de hombres lobo, con gañidos de búhos y los campos extendidos alrededor en toda su blancura: nada.

Habría sido algún animal, se dijo, y la música habría ahogado el sonido hasta el punto de que solo lo había notado él en el subconsciente. Por esos lares hay mucho trasiego en la oscuridad. Varias veces se ha quedado en el escalón bien pasadas las doce, tomándose unas cervezas y cogiendo confianza con las noches de allí. Ha visto erizos que trajinaban por el jardín o el zorro aquel de pelaje reluciente que hizo una escala en su trayectoria para lanzarle una mirada que era puro desafío. En otra ocasión un tejón, con un tamaño y unos músculos que Cal no habría imaginado en un animal así, avanzó pesadamente en paralelo al seto y desapareció en su interior; al minuto sonó un chillido agudo y luego el trajín del mismo tejón al salir. A saber lo que podía rondar por ahí fuera...

Aquella noche, antes de acostarse, dejó en el poyete de la ventana del dormitorio las dos tazas y los dos platos que tenía y arrastró un viejo secreter contra la puerta. Luego se dijo que estaba agilipollado y lo retiró.

Un par de días después, estaba él una mañana quitando el papel pintado, con la ventana abierta para que se fuera el polvo, cuando los grajos volaron de su árbol como en un estallido, gritándole a algo a sus pies. La rápida concatenación de roces de lo que se alejó por detrás del seto sonó demasiado fuerte para ser de un erizo o un



zorro, ni siquiera pudo ser de un tejón. Para cuando salió al jardín, llegaba tarde... otra vez.

Seguramente no fueran más que unos críos aburridos que andaban espionando al vecino nuevo. Tampoco había mucho más que hacer por allí, con un pueblecito que era una cosa ínfima y la ciudad, por llamarla de alguna manera, más cercana a treinta kilómetros. Se sentía ridículo por siquiera plantearse que pudiera ser cualquier otra cosa. Mart, el vecino que vivía un poco más adelante en su misma carretera, ni se molestaba en cerrar la puerta con llave, salvo por las noches. Cuando Cal arqueó una ceja ante aquel comentario, Mart arrugó esa cara de pómulos altos que tiene y se rio hasta quedarse sin aliento.

—Pero ¿tú la has visto? —dijo señalando la casa de Cal—. ¿Qué iban a robarte? ¿Y quién? ¿Qué crees, que me voy a colar yo una mañana en tu casa y voy a mirarte la colada a ver si encuentro algo que me arregle el gusto para la ropa?

A lo que Cal tuvo que reírse también y responderle que tampoco le vendría mal, tras lo cual su vecino le hizo saber que el guardarropa que tenía le iba que ni pintado, más que nada porque no tenía intención alguna de salir a enamorar, y pasó luego a explicarle las razones.

Pero ha habido cosas; sin importancia, solo cosas que le parpadean fugazmente por los bordes del instinto policial. Motores revolucionados a las tres de la madrugada por carreteras perdidas, gruñidos y borboteos de torsos anchurosos. Algunas noches, un grupito de tipos al fondo del pub, demasiado jóvenes y vestidos con ropa que desentona en el pueblo, hablando demasiado alto y rápido en acentos que lo descuadran; la manera de girar la cabeza como un resorte cuando Cal entra por la puerta, esas miradas que se sostienen un segundo más de la cuenta. Se ha cuidado mucho de no contarle a nadie a qué se dedicaba antes, pero a veces con ser de fuera te basta y te sobra, según...

Tonterías, se dice Cal mientras enciende el fuego bajo la sartén y se queda mirando por la ventana los campos verdes, que se oscure-

cen ya, y, a lo lejos, el perro de Mart, que trota al lado de las ovejas, ya de camino tranquilamente al establo. Ha pasado tantos años patrullando por barrios chungos que ahora cualquier peón del campo le parece un pandillero.

Niños aburridos, apuesta segura. De todas formas Cal ha empezado a no poner la música muy alta para no perder puntada, e incluso se ha planteado instalar un sistema de alarma, aunque la idea lo revienta. Con la de años que se ha pasado con Donna corriendo a bajar el volumen: «Cal, ¡que el crío de al lado quiere dormir! Cal, la señora Scapanski está recién operada, ¿tú crees que lo que necesita es que le rompas los tímpanos con eso? Cal, ¿qué van a pensar los vecinos, que somos unos incivilizados?». Si quiso tener tierras fue en parte para poder poner a Steve Earle tan alto que las ardillas se tambaleasen en los árboles; y además quiso que estuviera en el culo del mundo para no tener que volver a instalar una alarma en su vida. Tiene la sensación de, por ejemplo, no poder ni recolocarse los cataplines sin tener que mirar de reojo cuando cualquiera debería de poder hacer eso en su propia cocina. Críos o no críos, tiene que zanjar esta historia sí o sí.

En Chicago lo habría solucionado con un par de camaritas discretas que subieran las grabaciones directamente a la nube. Aquí, incluso aunque su wifi lograra soportarlo, cosa que duda, le toca la moral la idea de llevar lo grabado a la comisaría más cercana. No sabe lo que podría desencadenar: rencillas vecinales o que resulte que el mirón sea primo del agente o vete tú a saber.

Ha barajado la posibilidad de poner cables-trampa. En teoría son ilegales, pero Cal está convencido de que no sería mucho problema: Mart ya se ha ofrecido dos veces a venderle una escopeta sin licencia que tiene por ahí guardada y allí todo quisque vuelve del pub en coche. El problema, de nuevo, está en no tener ni idea de qué podría provocar.

O de lo que ya ha desencadenado. Por las cosas que le cuenta Mart, ha empezado a hacerse una vaga idea de lo que pueden llegar

a enredarse las cosas por allí y de lo mucho que hay que fijarse en dónde se mete uno. Noreen, que regenta la tienda de la breve hilera doble de edificios que constituye el pueblecito de Ardnakelty, no trae las galletas que a Mart le gustan por culpa de una enrevesada película sucedida en la década de los ochenta y protagonizada por los tíos de ella, el padre de Mart y unos derechos de pastoreo; a su vez, su vecino no le habla a un granjero de nombre impronunciable que vive al otro lado de los montes porque el tipo compró un cachorro que era cría del perro de Mart cuando por alguna razón no debía serlo. Hay más historias por el estilo, pero Cal no se las sabe todas bien porque su vecino habla en grandes giros generales y porque en realidad todavía no tiene bien hecho el oído al acento de la zona. Le gusta —igual de cargado que el aire, con un punto afilado como una aguja que le hace pensar en agua fría de río o en vientos serranos—, pero se le escapan trozos enteros de conversaciones, o se distrae escuchando el soniquete, y entonces ya apaga y vámonos. Pero ha deducido lo suficiente como para saber que, si se ha sentado en el taburete de otro en el pub o ha atrochado por una finca que no debía durante algún paseo, eso podría significar algo.

Cuando llegó, se había hecho a la idea de encontrarse con las filas cerradas en contra del forastero. No tenía problema con eso siempre y cuando nadie le incendiara la casa; no andaba buscando colegas para jugar al golf ni invitaciones a cenar. Las cosas, sin embargo, resultaron ser distintas. La gente se mostró amable, buenos vecinos. El día que llegó y se puso a sacar y meter cosas en la casa, Mart apareció por allí, se apoyó en la verja, lo sondeó para sacarle información y acabó trayéndole una vieja mininevera y recomendándole un buen almacén de materiales de construcción. Noreen le había explicado quién era el primo de no sé qué grado de quién y cómo apuntarse a la confederación de regantes, y —con el tiempo, una vez que la hizo reír varias veces— la mujer empezó a ofrecerse, medio en broma medio en serio, a emparejarlo con su hermana la viuda. Los vejetes que parecían vivir directamente en el pub habían pasado de los saludos

con la cabeza a los comentarios breves sobre el tiempo e iban ya por las explicaciones apasionadas sobre un deporte llamado *hurling*; Cal tiene la impresión de que es lo que te quedaría del hockey sobre hielo si conservaras la velocidad, la destreza y la ferocidad, pero quitaras el hielo y casi toda la equipación protectora. Hasta la semana pasada había tenido la sensación de que, si no exactamente recibido con los brazos abiertos, sí al menos había sido aceptado como un fenómeno natural de interés moderado, tal que una foca a la que le hubiera dado por instalarse en el río. Por supuesto, siempre sería el forastero, pero le daba la impresión de que eso tampoco suponía gran cosa. En estos momentos no lo tiene ya tan claro.

El caso es que hace cuatro días Cal fue en coche a la ciudad y compró un saco grande de tierra para el jardín. Es consciente de lo irónico que resulta comprar más tierra cuando acaba de gastarse gran parte de sus ahorros en cuatro hectáreas de eso mismo, pero la que tiene él es basta y terrosa, atravesada de raíces de gramíneas y piedrecitas afiladas. Para sus propósitos necesitaba una más suelta, húmeda y regular. Al día siguiente se levantó antes del amanecer y echó una buena capa en paralelo a los muros exteriores de la casa, por debajo de cada ventana. Tuvo que quitar algunos hierbajos y trepadoras y apartar guijarros para conseguir una superficie lisa en condiciones. Hacía un frío considerable que se le colaba hasta el fondo de los pulmones. Poco a poco los campos fueron aclarándose a su alrededor y los grajos se despertaron y empezaron con sus rencillas. Cuando el cielo ganó en luz y se oyó a lo lejos el silbido imperioso de Mart, que llamaba a su perro pastor, Cal arrugó el saco de tierra, lo metió al fondo del cubo de la basura y entró a desayunar.

A la mañana siguiente, nada; a la otra, nada. Seguramente había estado más cerca de pillarlo de lo que creía esa última vez y había debido de darle un buen susto. Se enfrascó en sus labores y apartó la vista de las ventanas y los setos.

Hoy por la mañana, pisadas, en la tierra bajo la ventana del salón. De zapatillas de deporte, a juzgar por el dibujo parcial de las

suelas, aunque las huellas estaban demasiado rayadas y solapadas para saber cómo eran de grandes o cuántos pares había.

La sartén está caliente. Cal echa las cuatro tiras de panceta, una que es mucho más carnosa y sabrosa de a lo que está acostumbrado, y, en cuanto la grasa empieza a chisporrotear, añade dos huevos. Se acerca al iPod, que vive en la misma mesa de madera donde él come, heredada con la casa —actualmente el total de sus muebles asciende a esa mesa, un secreter de madera con un lateral estropeado, dos sillas de formica que son una birria y un grueso sillón verde que el primo de Mart iba a tirar—, y pone un disco de Johnny Cash, no muy alto.

Si hubiera hecho sin querer algo que cabreara a alguien, lo que se llevaría la palma sería haber comprado la casa. La escogió por internet basándose en que tenía tierras, había buena pesca cerca, el tejado no tenía mala pinta y sentía curiosidad por ver qué eran esos papeles que sobresalían del viejo secreter. Hacía mucho que no le había dado por hacer ninguna locura por el estilo y llevarla a la práctica, lo que parecía razón de más para hacerlo. La inmobiliaria pedía treinta y cinco mil. Él ofreció treinta, en metálico. Poco más y se los quitan de la mano de un mordisco.

En el momento no se le ocurrió que pudiera quererla nadie más. Es una casa baja, gris, sin nada especial, con una construcción de la década de los treinta, menos de cincuenta metros cuadrados, tejado de pizarra y ventanas de guillotina; lo único que le da cierto toque de elegancia son las grandes piedras angulares y la enorme chimenea de piedra. A juzgar por las fotos de la web, llevaba años abandonada, décadas seguramente: con grandes tiras de pintura desconchada y humedades, habitaciones atestadas de muebles oscuros y volcados y cortinas de flores en descomposición, por no hablar de los plantones que nacían delante de la puerta y las enredaderas que entraban por una ventana rota. Con todo, desde entonces ha aprendido lo suficiente para comprender que sí que pudo haber alguien más interesado en la casa, por mucho que las razones no fueran evidentes a sim-

ple vista, y que quienquiera que creyese poder reclamarla como propia seguramente se lo tomara muy a pecho.

Sirve la comida sobre dos gruesas rodajas de pan, le echa ketchup por encima, saca una cerveza de la minivevera y lo lleva todo a la mesa. Donna le habría metido caña por cómo está comiendo últimamente —poca fibra y pocas verduras frescas—, pero lo cierto es que, incluso viviendo a base de sartén y microondas, ha perdido un par de kilos, puede que más. Lo nota, no solo en la cinturilla del pantalón, sino también en los movimientos: es sorprendente, pero todo lo que hace tiene una ligereza nueva. Al principio le resultaba desconcertante, como si se hubiera desconectado de la gravedad, pero tampoco está teniendo problemas en acostumbrarse.

Es por el ejercicio. Va a andar una o dos horas prácticamente todos los días, sin rumbo fijo, se limita a seguir su olfato mientras va cogiéndole las medidas a su nueva tierra. Hay muchos días que le llueve, pero no pasa nada: tiene un buen chaquetón encerado y nunca había sentido una lluvia así, una neblina suave y fina que parece pender inmóvil en el ambiente. Casi nunca se pone la capucha para poder sentirla en la cara. Aparte de ver más lejos de lo que está acostumbrado, también oye más lejos: una oveja que bala por aquí, una vaca berreando por allá, gritos de campesinos... Le llegan desde lo que parecen kilómetros de distancia, diluidos y suavizados por la lejanía. De vez en cuando se cruza con algún campesino que anda a lo suyo en el campo o traqueteando en el tractor por alguna vereda estrecha, de manera que Cal tiene que echarse para atrás, contra el seto díscolo, al tiempo que el otro pasa con una mano en alto para saludar. En sus paseos ha visto también a recias mujeres tirando de cosas pesadas por corrales llenos de chismes, retoños de caras coloradas mirándolo a través de cercas y chupando los barrotes mientras los perros sueltos le ladran como posesos. A veces un pájaro suelta una nota aguda por el cielo o un faisán sale despavorido del sotobosque al oír que Cal se acerca. Vuelve a la casa con la sensación de haber hecho bien mandándolo todo a tomar viento y mudándose allí.

Entre caminata y caminata, sin muchas más distracciones, se dedica en gran medida a trabajar en la casa de la mañana a la noche. Lo primero que hizo cuando llegó fue barrer y quitar la gruesa envoltura de telarañas, polvo, bichos muertos y lo que quiera que hubiera estado afanándose con tanta paciencia para rellenar hasta el último centímetro de la casa. Lo siguiente fue cambiar los cristales de las ventanas y poner un váter y una bañera nuevos —alguien había reventado los antiguos a base de bien, con una machota y un enconamiento muy arraigado contra el mobiliario de baño—, de modo que pudo dejar de cagar en un hoyo en el suelo y de lavarse con un cubo. De fontanería sabe poco, pero siempre ha sido muy manitas, y luego están los tutoriales en el YouTube cuando no se la juega el internet. No le ha quedado mal.

Después de eso se pasó un tiempo cribando las cosas abandonadas que llenaban las habitaciones, tomándose su tiempo, dedicándoles atención una por una. No sabía quiénes habían sido los antiguos propietarios, pero estaba claro que se tomaban muy a pecho la religión: tenían cuadros de Bernardita de Lourdes, de una Virgen María con cara de despecho y de un tal padre Pío, todo ello en marcos finos y baratos que habían amarilleado por las esquinas debido al descuido de herederos menos piadosos. Les gustaba la leche condensada, a juzgar por las cinco latas que encontró en la despensa de la cocina y que llevaban quince años caducadas. Tenían tazas de porcelana con impresiones en rosa, sartenes oxidadas, hules enrollados, una figurita de un niño con túnica roja y corona y la cabeza partida y pegada, así como una caja con un anticuado par de zapatos de vestir de caballero, arrugados por el desgaste y con un lustre todavía visible. A Cal le sorprendió un poco no encontrar indicios de ocupación adolescente, nada de latas de cerveza vacías, colillas o condones usados, ni una pintada. Se imaginó que la casa estaba demasiado apartada para ellos. En el momento le pareció una buena señal, ahora ya no tanto. Preferiría que una opción del menú fuese que no se tratara más que de unos adolescentes echando un vistazo por su antiguo centro de reuniones.

Los papeles del secreter resultaron no ser mucho más que eso: artículos de periódicos y de revistas recortados a mano y doblados en rectángulos perfectos. Intentó encontrar algún hilo conductor en los temas, pero fue en vano: se incluían, entre otras cosas, una historia del movimiento escultista, consejos para cultivar guisantes de olor, canciones para silbato irlandés, un reportaje sobre las fuerzas de paz irlandesas en Líbano y una receta de algo llamado conejo escocés. Los ha guardado porque, en cierto modo, fueron esos papeles los que lo habían llevado allí. Del resto de las cosas tiró la mayoría, incluidas las cortinas, una decisión que ahora no le parecía tan acertada. Ha pensado en desenterrarlas de debajo de la montaña de bolsas de basura que está creciendo a la vera del cobertizo, pero seguramente ya las haya mordisqueado algún animal o se hayan meado encima.

Ha cambiado cañerías y canalones, se ha montado en el tejado para desahuciar de la chimenea a un grupúsculo resistente de matojos de flores amarillas, ha pulido y encerado el viejo parqué de roble y se encuentra en estos momentos trabajando en las paredes. El último habitante, o bien tenía unos gustos en decoración que sorprendían por lo poco convencional, o bien se vio con unas cuantas latas de pintura barata y no se lo pensó. El dormitorio de Cal era de un añil oscuro y brillante hasta que las humedades lo pintaron con rayas de moho y parches claros de escayola vista. En el dormitorio pequeño la pintura era verde turquesa claro. La parte de estar de la sala principal la habían pintado de un marrón rojizo tirando a óxido que habían estampado a brochazos sobre una capa tras otra de papel pintado combado. No queda claro qué era lo que pasaba en la zona de la cocina, que parece como si alguien hubiera tenido la intención de alicatarla, pero luego se lo hubiera pensado mejor, mientras que con el baño ni siquiera se molestaron en lo más mínimo: es un cubículo enano añadido al fondo de la casa, con paredes de escayola y restos de una moqueta verde que cubría más mal que bien los tablones de madera sin tratar, como si lo hubieran hecho unos extraterrestres



que habían oído hablar de esa cosa llamada baño, pero sin tener muy claros los detalles. Con su uno noventa y tres, Cal cabe en la bañera con las rodillas prácticamente debajo del mentón. Piensa poner un plato de ducha cuando lo alicate, aunque puede esperar. Antes quiere terminar con la pintura aprovechando que todavía hace buen tiempo y puede dejar las ventanas abiertas. Ya ha habido días, aunque solo un par, con el cielo gris plomizo, el frío elevándose del suelo, el viento atravesando sin contemplaciones cientos de kilómetros y la propia casa como si ni siquiera estuviera allí, una advertencia de cómo iba a presentarse el invierno. Distará mucho de los montículos de nieve a ambos lados de la carretera y las temperaturas bajo cero de los inviernos de Chicago —se ha informado por internet—, pero apunta maneras hacia algo idiosincrásico, acerado y obstinado con un punto traicionero.

Le echa un vistazo al trabajo del día mientras come. Hay puntos por los que con los años el papel se ha ido fundiendo con la pared, lo que ralentiza el trabajo, pero ya lleva quitada más de la mitad de la habitación, que ha quedado con la escayola vista; la pared donde está el grueso arco de piedra de la chimenea sigue del marrón rojizo a brochazos. Aunque él es el primer sorprendido, en parte le gusta así la habitación: insinúa cosas. Está lejos de ser artista, pero, si lo fuera, no le parecería mal dejarla así un tiempo y quizá pintar varios cuadros.

Ya se ha comido medio plato y sigue pensando en todo esto cuando la nuca vuelve a llamearle. Esta vez incluso oye la señal que ha desencadenado la llamarada: un rasgueo leve y torpe interrumpido casi al instante, como si alguien hubiera estado a punto de tropezarse con la maleza que hay fuera bajo la ventana y hubiera conseguido evitarlo.

Le da otro buen bocado sin prisas al bocadillo, lo baja con un trago largo de cerveza y se enjuga la espuma del bigote. Luego hace una mueca y se inclina hacia delante para, con un eructo, dejar el plato en la mesa. Se levanta, se cruje el cuello y va hacia el baño, toqueteándose ya la hebilla del cinturón.

La ventana de esa habitación se abre con una suavidad y un sigilo que parece que la hubieran engrasado con WD-40, que es justo lo que hizo hace unos días. También ha estado practicando a subirse a la cisterna para salir por la ventana, y lo logra ahora con mucha más destreza de lo que cabría esperar de alguien de su tamaño, aunque eso no quita para que una de las razones de que dejara de patrullar a pie las calles fuera que estaba harto de subirse a sitios disparatados para perseguir a rateros que montaban pollos gratuitos, y no tenía pensado retomar esa actividad. Aterriza fuera en el suelo con el corazón latiéndole al viejo ritmo familiar de persecución, el culo magullado por el marco de la ventana y una creciente sensación de agravio.

Lo que tiene más a mano es un trozo de tubería que le sobró de la obra del baño y que guardó el otro día tras un arbusto. Aun teniéndolo sujeto en el puño, sin su arma se siente con las manos vacías, demasiado ligero de peso. Se queda un momento quieto, para dejar que se le ajuste la vista, y aguza el oído, pero la noche está salpicada de todo tipo de ruiditos y no logra captar ninguno más relevante que otro. Ya ha oscurecido; la luna está arriba, una rodaja bien definida y hostigada por jirones de nubes que solo arroja una luz apagada y poco de fiar y demasiadas sombras. Ajusta el agarre en la tubería y avanza, con ese equilibrio tan ensayado entre velocidad y sigilo, hacia la esquina de la casa.

Bajo la ventana del salón hay agazapado un cúmulo de sombras más espesas, inmóvil, con la cabeza levantada lo justo para escrutar por encima del alféizar. Cal escruta con cautela, lo mejor que puede, pero la hierba de alrededor está despejada: parece que solo hay uno. En la luz que se derrama por la ventana atisba una cabeza rapada y un borrón de rojo.

Suelta la tubería y se abalanza sobre el intruso. Apuesta por un placaje total con la idea de aplastarlo y luego, ya a partir de ahí, pensar el siguiente paso, pero se tropieza contra una roca. En el segundo que tarda en extender las manos para no perder el equilibrio, el otro

pega un bote y sale corriendo. Cal carga contra la casi oscuridad, consigue coger un brazo y tira con toda su fuerza.

El tipo vuelve hacia él con demasiada facilidad, y es un brazo tan pequeño que puede rodearlo del todo con una mano. Es un crío, piensa, y, al darse cuenta, afloja un poco el agarre. Pero el chico se retuerce como un lince rojo, con una respiración que es un bufido gatuno, y le clava los dientes en la mano a Cal, que brama de dolor. El chico se zafa entonces y atraviesa el jardín disparado como un cohete, los pies casi mudos sobre la hierba. Cal corre tras él, pero el crío desaparece en cuestión de segundos en el garabato de sombra que es el seto que linda con la carretera y, para cuando llega hasta allí, ya no hay ni rastro de él. Cal atraviesa el seto con el hombro por delante y mira a un lado y a otro de la carretera, que se ve reducida a una pálida cinta por las sombras lunares de los setos que se ciernen sobre ella desde los flancos. Nada. Tira un par de piedras a los arbustos en varias direcciones con la intención de hacerlo salir: nada.

Duda que el chico tenga refuerzos —habría gritado para pedir ayuda o avisarlos—, pero aun así rodea el jardín corriendo, por si acaso. Los grajos duermen, no se han inmutado. Huellas nuevas en la tierra bajo la ventana del salón, las mismas marcas de la otra vez; no se ven por ninguna otra parte. Se refugia en la sombra espesa del cobertizo y espera un buen rato, intentando calmar los jadeos, pero no se oye ningún roce por los setos ni hay sombras escabulléndose por entre los pastos. Solo uno, y solo un crío. Y no va a volver, al menos esa noche.

Una vez de vuelta adentro, se mira la mano. El chico lo ha mordido bien: le ha atravesado la piel con tres dientes y una de las hendiduras incluso le sangra. Ya le habían mordido una vez estando de servicio, lo que desencadenó un maremágnum de papeleo, interrogatorios, análisis de sangre, rifirrafes legales, pastillas y comparencias en el juzgado durante varios meses hasta que se hartó de llevar la cuenta de qué era para qué y se limitó a extender el brazo o la firma cuando se lo pedían. Saca el botiquín de primeros auxi-

lios, se empapa un rato la mano con desinfectante y se pone luego una tirita.

Se le ha quedado fría la comida. La calienta en el microondas y vuelve a la mesa con ella. Johnny Cash sigue cantando, llorando a la Rose y al hijo perdidos en un quejido profundo y quebrado, como si fuera ya un fantasma.

Cal no se siente como esperaba, a pesar de haber deseado justo eso: que no fueran más que unos niños que espían al vecino nuevo, la mejor de las posibilidades. Se había imaginado gritando vagas amenazas tras ellos mientras salían disparados entre chillidos, risas e insultos exclamados hacia atrás, y entonces habría meneado la cabeza y habría vuelto a la casa cagándose en los críos de hoy en día como un viejo cascarrabias y ahí habría acabado la cosa. Quizá habrían vuelto de vez en cuando, a por otro asalto, pero eso no le habría parecido ni mal. Entretanto, así habría podido volver a su reforma y a poner la música alta y a recolocarse los cataplines cuando le diera la real gana, con su instinto policial descansando, como estaba mandado.

Salvo porque no tiene la sensación de que vaya a acabarse nada, y el instinto policial tampoco parece querer irse a la cama. Unos críos empeñados en fastidiar al forastero de turno para echarse unas risas habrían venido en grupo y habrían formado alboroto, exaltados por su propia osadía como si fuera cafeína. Se pone a pensar en la inmovilidad del crío bajo la ventana, el silencio cuando lo ha agarrado, la ferocidad de cobra del mordisco. Ese chico no estaba divirtiéndose: había ido allí con una misión. Volvería.

Termina de comer y lava los platos. Clavetea un fieltro de pintar por encima de la ventana del baño y se da una ducha rápida. Luego se tiende en el colchón, rodeado de oscuridad, con las manos cruzadas bajo la cabeza, mirando las estrellas parcheadas de nubes por la ventana y escuchando las peleas de los zorros en algún punto de los campos.